

Fernanda Monasterio, una voz española en la Sociedad Interamericana de Psicología (SIP)

Helio Carpintero¹

Universidad a Distancia de Madrid. UDIMA

Resumen

Se recuerda aquí la figura de Fernanda Monasterio (1920-2006), médico y psicóloga española. Formada en la escuela médica de G. Marañón, se interesó en temas de sexología y psicología clínica. Organizó y fue promotora de la carrera de psicología en la Universidad de La Plata (Argentina), a la que dio un alto grado de profesionalidad. Tras unos años muy activos en aquella ciudad, se retiró y regresó a España, donde desarrolló una actividad clínica y mantuvo una figura de médico humanista.

Palabras clave: Fernanda Monasterio, Psicología Española, Psicología Latinoamericana.

Fernanda Monasterio a Spanish voice Spanish word in the Interamerican Society of Psychology (SIP)

Abstract

This article remembers Fernanda Monasterio (1920-2006), a Spanish medical doctor and psychologist. Formed in the medical school of G. Marañón, she was interested in sexual behavior therapy and clinical psychology. She initiated and organized the psychology programme at the University of La Plata (Argentina), to which she gave a high degree of professionalism. After a few very active years there, she returned to Spain, where she developed a clinical activity and cultivated a humanistic approach to medicine.

Keywords: Fernanda Monasterio, Spanish psychology, LatinAmerican psychology

En la ya larga lista de presidentes de congresos de la SIP, hay solo una voz española, la de la doctora Fernanda Monasterio. Entró a formar parte de esa lista de honor al organizar y presidir el octavo congreso que realizó la sociedad, y primero asentado en la Argentina, en la ciudad de Mar del Plata, en 1963.

Se trata de una figura singular. No sólo organizó el congreso mencionado, sino que puso en marcha y durante unos años dió vida a una de las primeras licenciaturas en psicología establecidas en la Argentina, la de la Universidad de La Plata. De este modo vino a ser uno de los grandes pioneros de la psicología universitaria en aquel país, aunque pronto terminara aquella aventura, ante las resistencias a su trabajo y su incapacidad para soportar las limitaciones que se le fueron imponiendo.

Su caso es uno más dentro de la serie de intercambios fecundos entre el mundo europeo, y el latinoamericano, que hicieron posibles en muchos lugares el surgimiento de los estudios de psicología, gracias a la colaboración de expertos formados en Europa, y a la pasión y avidez por el conocimiento y por el desarrollo técnico que en

los países latinoamericanos fue ganando terreno a lo largo del siglo pasado.

Unos datos biográficos

Fernanda Monasterio Cobelo, (Madrid, 1920; Madrid, 2006) ha sido una figura singular en el panorama psicológico hispano. Recibió una formación médica, en Madrid, que le permitió luego trabajar como colaboradora de Gregorio Marañón, en su Instituto de Patología Médica de Madrid. Marañón, figura eminente de la medicina, al par que gran humanista, dedicó sus mejores esfuerzos al desarrollo de la endocrinología. Indudablemente dejó una honda huella, reconocible con nitidez, en la vida de su colaboradora. Esta iba a acertar a combinar, según su propia idiosincrasia, humanismo y endocrinología, orientando sus intereses hacia el terreno de la sexología científica.

Marañón ya afirmaba la existencia de una estrechísima relación entre la endocrinología y los aspectos básicos de la personalidad humana, y por tanto, con la psicología. Su discípula y colaboradora vino a coincidir plenamente en esa idea, y dedicó entonces una parte de sus esfuerzos y de su atención a esta ciencia de la psique, que se había desarrollado muy rápidamente desde fines del siglo XIX, y que en España había empezado a dar pasos en la buena dirección gracias a

¹ El autor es catedrático de la Universidad a Distancia de Madrid. UDIMA. Email: h_carpintero@yahoo.com. Nota. El autor agradece vivamente al Dr. A. Dagfal la documentación inédita relativa a la estancia de la Dra. Monasterio en la Universidad de La Plata, así como sus valiosas sugerencias acerca de este trabajo.

los trabajos de una psicotecnia incipiente, durante el primer tercio del siglo XX.

La nueva psicología, en efecto, se fue abriendo camino en España gracias a los trabajos de dos núcleos reducidos de especialistas, uno en Barcelona, encabezado por Emilio Mira y López, y otro dirigido por Gonzalo Rodríguez Lafora y José Germain, en Madrid. La guerra civil española (1936-1939) desbarató la obra que se había logrado construir, y obligó a que se exiliaran muchos de aquellos pioneros: Emilio Mira, Mercedes Rodrigo, Gonzalo Rodríguez Lafora, Francisco del Olmo, y varios más. En la España de la posguerra, rígidamente gobernada por una dictadura conservadora impuesta por el General Franco, Germain, médico y psiquiatra, personalidad liberal reducida a una posición marginal, inició los trabajos de recuperación de la psicología científica, con ayuda de Jose Mallart, un educador muy interesado en la psicotecnia organizacional. (Carpintero, 2007). Ambos nombres se hallan también dentro del grupo de maestros que influyeron en la Dra. Monasterio desde sus años juveniles. Con el primero, al que encontró en el entorno de Marañón, mantuvo una amistad y discipulado cordial a que solo puso fin la muerte de este.

Germain consiguió reunir un pequeño grupo de investigadores en un Departamento de Psicología Experimental, que se creó en 1948, en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, la institución superior dedicada a la ciencia, tras la guerra. Allí se integraron quienes luego iban a dirigir la consolidación de la psicología en la universidad española: Mariano Yela, Jose Luis Pinillos, Miguel Siguan, Francisco Secadas, y algunos más. Este grupo haría posible la fundación de una sociedad científica, en 1952, y la creación de una primera escuela de posgrado de psicología, en Madrid, en 1953.

Curiosamente, Monasterio no se integró en el grupo, ni tampoco en la Escuela. Su estimación por Germain era muy grande, pero, posiblemente por indicación de Marañón, con el asesoramiento de aquel, en lugar de incorporarse al naciente departamento, se fué a trabajar al otro lado del Océano Atlántico, en el mundo latinoamericano, donde también había crecido el interés por la psicología con la colaboración de numerosos emigrados europeos. Esto ocurría en 1951.

En una excelente entrevista que le hizo el Dr. Alejandro Dagfal, gran historiador de la psicología argentina, y gran conocedor de los estudios de la Universidad de La Plata, éste le preguntó por las razones que la impulsaron ir a América. Y ella contestó:

“Bueno, varias razones. Una, que estaban mis padres, y otra, que en España no existía... entonces carrera de psicología”. Efectivamente, su marcha tuvo lugar inmediatamente antes de la creación de la escuela

madrileña. Tal vez el enlace con el resto del grupo de colaboradores de Germain no era todo lo fuerte que hubiera cabido esperar. No hay que olvidar que de sí misma dijo en esa misma entrevista:

“Yo he sido una persona muy libre y muy independiente. Desde siempre fui una niña rebelde.” Y efectivamente lo fué hasta sus últimos tiempos.

Fernanda Monasterio dedicó más de diez años de su vida al cultivo de la psicología en tierras americanas. Su obra en esos años fue pródiga en realizaciones, y, por si fuera poco, tuvo la fortuna de poder dar cumplimiento a ciertas tareas de creación institucional, que iban a ligar su nombre a esas obras de modo duradero. De una parte, iba a poner en marcha la carrera psicológica en la Universidad de La Plata, dándole peso y calidad intelectual. Sus otras actividades universitarias son, de algún modo, preludios y acompañamientos a ese proyecto central platense. De otro, ya va dicho, organizó el VIII congreso de la SIP, y con ello mantuvo viva la continuidad de un movimiento científico y social, el de la Sociedad Interamericana de Psicología (SIP) que se ha mantenido vivo y pujante hasta hoy.

En varios lugares insistió en recordar que no fue una emigrada política. Ni su ida al nuevo continente fue efecto de la guerra española, ni tampoco de la II Guerra Mundial. Tenía familia allí, que le animó a ir, y buscó sin duda un mejor horizonte tanto económico como científico. Abandonó España para luego ocupar una plaza de profesor contratado de fisiología en la Universidad de Cochabamba, en Bolivia (1952), donde vino a cubrir el hueco dejado por la marcha de otro emigrado español, A. Pi Suñer; después pasó a la Argentina, a la Universidad de Cuyo, ocupando el puesto que había dejado vacante Horacio Rimoldi, al trasladarse a los Estados Unidos; allí estuvo hasta 1956. Pasó a enseñar en Bahía Blanca, en la Universidad del Sur. Y al fin, en ese año, Alfredo Calcagno, gran impulsor de la renovación universitaria en La Plata, la invitó a ocupar un puesto directivo en un Instituto de psicología allí creado.

Dagfal ha recordado que la creación de la carrera de psicología en la La Plata tuvo lugar en un tiempo marcado por la caída del gobierno de Juan D. Perón (1955), que trajo una “renovación social y cultural, similar al vivido por las naciones europeas durante la segunda posguerra” (Dagfal, 1998,4). Desde hacía unos años se venía fortaleciendo una corriente general de interés por la psicología, y la llegada de algunos jóvenes psicoanalistas formados en Europa, entre los que destacan Celes Cárcamo y el español Angel Garma, propició la creación de un núcleo psicoanalítico que pronto tuvo prestigio y numerosos miembros.

La ciudad de La Plata, fundada en 1882 con un original trazado que facilitaba la circulación urbana

de los nuevos automóviles, también se dotó de una universidad nacional (1905), un espléndido museo de ciencias naturales, y se convirtió así en un centro destacado en el panorama intelectual argentino. Allí se estableció en 1914 una Facultad de Ciencias de la Educación, bajo la dirección de Víctor Mercante, gran pedagogo y profesor de psicología evolutiva. Un paso más fue la creación de un Instituto de Psicología, para apoyar la formación de los educadores. En 1956, Alfredo Calcagno, sucesor de Mercante en su cátedra, consiguió que la joven Monasterio se hiciera cargo del Instituto, y de una psicología evolutiva para educadores, simultaneándolo todo con su cátedra en Bahía Blanca. Así comenzó su carrera platense.

En 1957 comenzaron las gestiones para planificar una carrera de ‘profesor en psicología’, que correría parejas con otros profesorado educativos. Trabajaron en el proyecto el propio Calcagno, Monasterio, Juan Cuatrecasas médico español emigrado, que enseñaba antropología en La Plata, y desarrollaba interesantes estudios neurológicos sobre el psiquismo humano; Angel Garma, psicoanalista español emigrado a la Argentina, y promotor de la Asociación Psicoanalítica Argentina, y Luis M. Ravagnan, profesor de filosofía y adjunto de Garma en La Plata, más orientado hacia la fenomenología. Tres eran médicos españoles, y juntos representaban una gran diversidad de orientaciones intelectuales.

Monasterio ha recordado: “Yo perdí batallas, pero gané muchas. La primera, fue que la carrera se abriera como licenciatura (y ya no como profesorado)” (Dagfal, 2011, 49). Significaba, en una palabra, crear la profesión de psicólogo, con todo su alcance de técnico capacitado para intervenir en problemas personales y sociales.

A diferencia de Garma, plenamente orientado al psicoanálisis, Monasterio entendía la psicología como ciencia natural. Y eso quería decir que era un saber que habría de hacer posible un control sobre los procesos psicológicos, así como la modificación y rectificación de las personalidades. Esta dimensión profesional e interventiva ya inspiró sus primeros pasos en La Plata. Había ido allí a explicar psicología a educadores. Pero cuando se le propuso dar un paso definitivo adelante, no dudó. Como recordaría años después, lo que pensaba era algo muy claro y definido: “No vamos a estar aquí explicando para profesores teóricos... Hagamos una carrera que sirva para una aplicación práctica”. Entonces eso no era un profesorado, era una licenciatura” (Dagfal, 2011, 49). Se trataba de formar profesionales de la psicología, que supieran intervenir en temas clínicos, o educativos, o sociales, pero fundamentalmente que supieran ‘hacer’, y no sólo decir.

Era preciso dotar de base organizacional a la nueva carrera. Había una cátedra de psicología, y al fin, en

1958, se hizo un concurso para cubrirla. Aspiraban a ella dos personas, Angel Garma y Fernanda Monasterio. El primero, al parecer, contaba con su experiencia y prestigio de psicoanalista; sin embargo, tenía su importante consulta en la muy conocida avenida de Libertador, de Buenos Aires, y a ella dedicaba gran parte de su tiempo. La doctora psicóloga, en cambio, había contribuido a formular el programa, vivía en La Plata, y allí estaba dedicada plenamente a las tareas académicas. Sus ejercicios fueron también muy distintos: el de la psicóloga, ajustado al temario propuesto; el del psicoanalista, puramente centrado en aspectos psicoanalíticos. La comisión parece no haber tenido duda (Dagfal, 2009, 370 ss). El concurso se resolvió a favor de la primera.

De ahí salió una carrera con orientación científica, no psicoanalítica, en sus primeros tiempos, que pronto tuvo un reconocido prestigio en el país. Monasterio ha recordado que hubo un considerable esfuerzo por reunir un plantel de profesores importante: en Psico-diagnóstico y Rorschach, contaron con J.C. Pizarro; que era un experto; para historia, Luis M^a Ravagnan, filósofo muy interesado en psicología fenomenológica y funcionalismo; Nuria Cortada, la gran especialista en Psicometría, para enseñar esa materia; Selva Ucha para técnicas de Psicología Laboral; Nicolás Tavella, para Psicometría (Vid. Dagfal, 2011, 56)

En general, el perfil del psicólogo diseñado en aquella carrera era muy profesional, con rol bastante definido en el terreno de la psicología del trabajo y la psicopedagogía, si bien en el campo clínico aparecía más bien como figura colaboradora del médico, y limitado a tratamientos verbales, y tareas de evaluación y diagnóstico (Dagfal, 2009, 256).

Coincidiendo con la aparición de esta carrera de psicología, surgieron algunas otras, en particular en la Universidad de Rosario, en 1955, y en la de Buenos Aires, en 1957. El movimiento respondía a una demanda muy general, que se había hecho explícita en el Primer Congreso argentino de psicología, celebrado en Tucumán en 1954, donde muchas voces reclamaron la creación de los estudios que hicieran posible esa carrera (Klappenbach, 2000).

La Dra. Monasterio permaneció en su cátedra hasta 1966, en que renunció a continuar en ella. De acuerdo con sus recuerdos, la situación se fue politizando rápidamente, y ella se negó a situarse en ningún grupo. Perdió, además, el apoyo de Calcagno, que en aquel tiempo se trasladó a París con un cargo de la UNESCO, y dejó de ejercer su influencia en la facultad. En realidad, como han escrito Quintana y Feldman, “el psicoanálisis terminó captando a una parte importante del alumnado y del Profesorado. Los estudiantes que en los años de fundación de la Sección de Psicología

habían convertido a la Dr^a Monasterio en bandera de la libertad ... - estaban ahora más interesados y comprometidos en otras batallas, como la del Psicoanálisis, y de hecho terminaron por reclamar su enseñanza. Ello, evidentemente, no sólo minaba en el Departamento la concepción científica de la Psicología que desde el principio había implantado allí la Dr^a Monasterio, sino que ponía a ésta en una posición incómoda” (Quintana y Feldman, 2007, 13-14).

Terminó encontrando una oposición fuerte entre los miembros de su propio departamento, y al fin, en 1966, como ya va dicho, decidió presentar su dimisión, y terminar así su experiencia platense. Al cabo de muchos años, su antigua universidad, ya en los años de su vejez activa, le dedicó un homenaje y con ese motivo surgieron recuerdos y se revivió la historia pasada (Dagfal, 2009).

Tras su vuelta a España, desarrolló en Madrid una actividad clínica privada, y participó en algunas de las tareas de la Sociedad Española de Psicología, que fundara Germain. Colaboró con algún programa privado de formación en psicología, pero se mantuvo al margen de la universidad. Mantuvo celosamente su independencia y no parece haber dejado discípulos que hayan dado continuidad a su obra.

Aportaciones e ideas psicológicas

Aunque estamos ante una figura de gran personalidad, pero de obra muy reducida y dispersa, convendrá que tratemos de fijar las líneas básicas de su concepción psicológica.

Durante sus primeros años de vida profesional, en España, parece haber mantenido una orientación fuertemente psicobiológica, interesándose por problemas de tipo hipofisario, y más ampliamente endocrinológico, y por sus implicaciones tanto en relación con la organización constitucional del individuo como de los aspectos aplicados. Su tesis doctoral, leída en 1945, estuvo dedicada al tema de “Psiquismo en la acromegalia”, y entre otros aspectos, sugirió que se considerara en ciertos casos la tristeza como síntoma precoz de acromegalia (en un trabajo al parecer realizado en el Instituto de patología médica del Dr. Marañón).

En general, vino a asumir el psiquismo como una dimensión central dentro del problema del desarrollo psicobiológico, del cual subrayaría su condición unitaria. Como dice en la entrevista al prof. Dagfal, citada, “he llegado a una psicología muy sistemática y muy académica, porque he venido de Wundt, de Fraisse, de Piéron, de Michotte, de Piaget. A todos me los he estudiado, aprendido, ejercido, profesado y enseñado. A la vez, todo eso lo había aplicado con Germain, que tenía un talento y una intuición enormes” (Dagfal, 2011, 46)

Su plena dedicación a la psicología parece tener lugar a partir de su decisión de desarrollar una carrera docente en psicología, en el marco de la universidad argentina. Es significativo el plan docente que formula, en 1958, como propuesta según la cual se llevaría a cabo la enseñanza de la Psicología general en la Universidad de La Plata. En particular, incluye un documento sobre “Orientación de la materia según la aspirante” que da idea de sus particulares concepciones al respecto.

Para empezar, considera que la psicología “trata de la conducta y del pensamiento reunidos, según se encuentran en la Personalidad concreta, con su sentido vital” (Monasterio, 1958, mimeo). Se trataría, por tanto, de una posición próxima a las doctrinas personalistas. Al convertir a la persona en objeto de estudio, esta disciplina resultaría ser, en opinión de Monasterio, un “humanismo objetivo... parte de la Antropología”. (Ibid.).

Esa ‘antropología’ –término que prefiere al de ‘humanismo’ – está aquí concebida como un saber general sobre el ‘hombre vivo’, que incluye aspectos diversos y complementarios. “Una parte enorme – precisa—corresponde a la psicología, pero lo biológico y lo orgánico son tan o más importantes” (Dagfal, 2011, 41). Desde ese ángulo, le importa, vaya por caso, el desarrollo; pero ahí se contienen procesos diversos como la maduración, el desarrollo de la percepción o la cognición, y hasta el de los órganos sexuales. Sobre ese conocimiento integral del hombre querría formular formas de ayuda a la persona concreta y menesterosa, a la que “está aquí delante” (Id., 42), en una intervención que asume y desborda el ámbito de la praxis del médico o del psicólogo.

En efecto, su tratamiento del sujeto humano no puede dejar de lado los mecanismos psicofísicos que hacen posible tanto la percepción y el procesamiento de información como la acción, incluida la expresión y la mímica. Precisamente llega a decir que la psicología es “un acercamiento a la expresión y a la intimidad humana” (Monasterio, 1958) acentuando así de un lado la dimensión íntima, subjetiva, y de otro la manifestación al exterior a través de los mecanismos expresivos y emotivos.

Al centrarse en las estructuras personales, Monasterio advierte la necesidad de compaginar la psicología general, orientada al estudio de procesos, con unas “psicologías especiales”, y con la intervención aplicada. Evidentemente, tiene presente el papel básico que juega la psicología diferencial, que atiende al hecho de las individualidades personales. En su proyecto docente, que comentamos, declara proponerse como metas a lograr con los alumnos el que estos comprendan “la doctrina”, exploren los fenómenos psíquicos, y sepan “acercarse y tratar a los individuos” (Ibid.).

Le preocupaba integrar teoría y praxis, y asumía claramente que la psicología tiene un doble interés respecto a esa personalidad que ha convertido en su objeto de estudio: “comprenderla y mejorarla”. Es decir, asume que se trata no solo de una ciencia pura o teórica, sino de un saber que tiene una esencial dimensión aplicada.

Esas ideas parece haberlas mantenido en su época de madurez. Basta ver el esquema que sobre la disciplina neuropsicológica ofreció en el IV Congreso nacional de la Sociedad Española de Psicología, en 1973 (Monasterio, 1974). Junto a los apartados clásicos de los procesos mentales, no deja de incluir un amplio capítulo dedicado a la Neurohigiene y Psicoprofilaxis, que incluye temas ecológicos, aspectos de psicopatología conductual, y hasta temas de ‘higiene prenupcial y materno filial’. De manera que la prevención formaría un capítulo inseparable de la doctrina psicológica que profesaba.

Esa concepción de la primacía de la persona, y de la necesidad de comprender sus fenómenos desde la persona misma, no la limitaba a la psicología; también la generalizaría a la medicina. Fuertemente influida por la medicina psicosomática, que en España propugnaba con energía Juan Rof Carballo, y también en buena medida G. Marañón o P. Lain, Monasterio asume la doctrina de que la enfermedad, en tanto que hecho biográfico que se da en una vida humana, es “una manera de estar en la vida”, que se expresa a través de sus diversos síntomas y formas, frente a los cuales el médico ha de ser un “receptor” que los analice e interprete (Monasterio, 1984, 33).

Es sin duda este núcleo de ideas propio de la medicina personalista y la psicosomática el que sin duda más hondamente caló en su pensamiento, y lo que le llevó a interesarse desde un ángulo biográfico acerca de unas figuras notables de la psicología como eran sus maestros G. Rodríguez Lafora, P. Lain, J. Rof, o J. Germain, como ahora veremos.

Su visión de la psicología argentina

Aunque no era una historiadora, era una persona fuertemente implicada en el desarrollo del mundo psicológico argentino, y no dejó de dar su visión del proceso de evolución que ese mundo experimentó, ante su atenta mirada. Todavía desde La Plata, publicó un interesante artículo sobre “La psicología argentina” aparecido en la *Revista de Psicología General y Aplicada* (1965), que aún dirigía su maestro Germain. Se trata de un resumen bastante completo, dentro de su brevedad, que centra los inicios en la figura de Horacio Piñero, en Buenos Aires, y sus desarrollos ulteriores con particular referencia a la Escuela de La Plata

(Mercante, Senet, Jakob, Calcagno, principalmente), y la de Buenos Aires (Piñero, Ingenieros, Mouchet, etc.). Presta atención a una primera orientación positivista, y marca el giro que en los años 1920s se produjo, con la “lucha contra el *cientificismo*” (Monasterio, 1965, 910), impulsada por A. Korn y otros filósofos de formación germánica. Luego detalla los múltiples institutos y laboratorios que han dado aliento a la psicología científica, así como otros centros de enseñanza y aplicación, hasta llegar a la creación de cátedras en las facultades de Letras y Humanidades de varias de las más conocidas universidades. Añade también una información relativa a sociedades (Sociedad de Psicología, Sociedad Argentina de Criminología, Sociedad Psicoanalítica Argentina...), y a los congresos celebrados, con mención del de la SIP en Mar del Plata, al que enseguida me refiero. Hace también un sucinto listado de editoriales que han dado al público obras psicológicas a través de algunas colecciones creadas al efecto, y termina con una referencia bastante detallada al surgimiento de las carreras de psicología, incluyendo el plan de estudios de la Universidad de La Plata, en que ella estaba enseñando en ese momento. Aunque carece de bibliografía, la autora evidencia haber tenido informaciones detalladas de sus colegas y compañeros de departamentos de psicología ya en activo.

El VIII congreso de la SIP en Mar del Plata

La entrevista que concedió la Dra. Monasterio a A. Dagfal, ya al final de su vida, da informaciones muy interesantes acerca del VIII Congreso de la SIP, celebrado en la ciudad argentina de Mar del Plata en 1963.

Parece haber habido una razón para hacerlo en aquella ciudad, y es su condición de ciudad turística, y su importante capacidad hotelera. La belleza de sus playas, y de su privilegiada posición en la costa, debía ser un elemento a tener en cuenta al proyectar la reunión. En La Plata, dice, “no había infraestructura hotelera ni turística; ... a la gente hay que darle una excursión al puerto, hay que llevarla a la playa” (Dagfal, 2011, 57).

Al parecer, y siguiendo los recuerdos de la doctora, “en 1961 yo había estado en el congreso de la SIP en México, y allí me encargaron que organizara el próximo.” (Id., 56). Era ya miembro de la Sociedad Argentina de Psicología, y, añade, también se había ya fundado en La Plata una Sociedad de Psicología, de modo que había podido establecer contactos interesantes con otros psicólogos latinoamericanos igualmente implicados en el desarrollo de la SIP. Sin duda, todo ello favoreció la decisión en su favor.

Añade: “El Ministerio nos dio una pequeña ayuda económica y finalmente, en el ‘63 se vinieron aquí todos los psicólogos de toda América. Organizamos

el congreso sin tener experiencia, con la ayuda de los alumnos, que fueron los que más trabajaron. Salió maravilloso ese octavo congreso de la SIP, del cual yo fui presidente” (Id., 57).

Y sigue recordando:

“De los norteamericanos vino Harold Anderson, de Chicago, que era uno de los mejores en psicología del niño. Vinieron a Mar del Plata personas de Canadá, de Nueva York, de Boston, de la Universidad de Harvard. Vinieron los sudamericanos, de Río de Janeiro, de Santos, de Perú, de Chile. Eran como cien; una cosa enorme. Como la sede (el Hotel Provincial) se prestaba, con un salón de actos gigantesco – bueno, la megalomanía peronista, que construyó ese hotel en tren de presumir de la riqueza del país, con un estrado en el que cabían cuarenta personas, y quinientas personas en el salón.” (Dagfal, 2011, 57)

Al parecer estuvieron presentes y enfrentados “los grupos más conservadores, de la psicología evolutiva, contra los psicoanalistas. Ya hubo allí fricciones muy grandes en ese sentido. Por lo demás, hubo aportaciones, y en psicología del trabajo, por ejemplo, hubo cosas muy interesantes. Había gente de la Fundación Getulio Vargas ([Francisco] Campos y Francisco del Olmo... Bueno, nosotros nos dirigimos a ellos, y mandaron varios representantes. Ese congreso fue de una gran resonancia” (Id., 58) Con fama no sólo latinoamericana, porque hubo también una nutrida representación de América del Norte.

En otro lugar ha detallado los temas de aquella reunión: “orientación profesional, psicología laboral, pedagógica y social; psicología experimental y fisiológica; el equipo psicoterapéutico; formación y ejercicio profesional del psicólogo, que atrajeron un elevado número de especialistas de toda América. En mesas redondas se trató sobre psicología teórica, relaciones interculturales, grupos étnicos y enseñanza de la psicología” (Monasterio, 1965, 917).

Este fue sin duda un significativo paso adelante en la historia de la sociedad, y también en la de la psicología argentina del siglo XX.

Apuntes históricos y literarios

Hay otra faceta interesante en la obra, sin duda breve, de esta autora, que es la de sus artículos sobre figuras destacadas del pensamiento y la psicología, que ha conocido, y de las que ha querido dejar un testimonio personal de aprecio y conocimiento.

Una de las personas a que dedica su atención, y su admiración, es la de su maestro Jose Germain. Ya nos hemos referido antes a su vinculación al psiquiatra madrileño. Reconocía en él la labor fundamental del restablecimiento de la psicología en el país tras la

guerra civil. “Germain, hizo y preparó tests, diseñó aparatos, curó enfermedades mentales y sociales, investigó, organizó, enseñó, escribió, luchó... como nadie” (Monasterio, 1971, 185). También es interesante, esta apreciación suya sobre esta personalidad: “Resaltan, al aproximarse a Germain, dos de sus preocupaciones: la relación entre la medicina y la psicología; el peligro de la especialización excluyente para gran número de expertos y de científicos” (Monasterio, 1987a, 66).

También dedicó breves y elogiosas palabras a la figura de Juan Rof Carballo, (Monasterio, 1993), y, de un modo más detallado y analítico, examinó la significación de la revista de psicología y psiquiatría establecida en 1920 por G. Rodríguez Lafora, J.M. Sacristán y J. Ortega y Gasset, los *Archivos de Neurobiología*, primera publicación donde la psicología tuvo formalmente cabida. “La neurología y la psiquiatría españolas, si no parten de ella, por haber precedentes aislados, sí se ponen de pie desde su aparición” (Monasterio, 1987b, 235). Recuerda las circunstancias de su creación, así como a muchos de los autores que en ella publicaron, y resume en breves líneas la pluralidad temática de sus artículos. Además contempla el largo proceso por que atravesó la revista, al suspenderse su publicación en 1936, y reaparecer en 1954, ya en una segunda época también impulsada por Lafora, tras su regreso del exilio de la posguerra española.

Tiene también interés su contribución al conocimiento de la obra de P. Laín Entralgo, con un artículo dedicado a su “pensamiento médico” (Monasterio, 1987c). En su desarrollo, reflexiona sobre los problemas del lenguaje médico, tema que interesó profundamente al gran historiador de la medicina. Toma también en cuenta el tema de la relación entre el médico y la cultura, desde su personal convicción de que el médico, al interesarse por las personas, no puede estar de espaldas al mundo de la cultura, en que lo humano se expresa. Y considera que Laín representa un modelo acabado de médico humanista, que busca unir la ciencia positiva con la sabiduría propia de la reflexión filosófica y personal. De ahí que cierre su análisis con una consideración personal de la antropología médica de aquel, donde reflexiona acerca del sentido del enfermar humano, y de la singular posición en que se encuentra todo enfermo, que busca apoyo, consejo, y tratamiento de la mano del médico especialista.

Fernanda Monasterio ha sido una mujer apasionada por la cultura. Prueba de ello es su fina imagen de la novelista española Rosa Chacel, autora de un admirable mundo literario con unas iniciales raíces en el pensamiento de Ortega, y, de otro lado, consta también su larga dedicación e interés por las actividades de una sociedad de médicos escritores, en cuyas manifestaciones y actos estuvo ella muy implicada. Vió en esa

integración de cultura y medicina un modo poderoso de acercar el saber curativo a la persona enferma tomándola en la integridad de sus valores y de su singularidad personal. “El interés del médico deberá ir desde ‘el ser’ enfermo a lo que representa para la persona, en situación y momento patológicos, su enfermedad” (Monasterio, 1984, 33).

Final

La obra y la figura de Fernanda Monasterio han de ser contempladas dentro del marco en que su protagonista hubo de realizarse. Interesada por una psicología abierta a la profesión y a la acción interventiva, buscó primero realizar su proyecto en el mundo latinoamericano, en unos días en que la psicología en España padecía de grandes limitaciones, y comenzaba a dar algunos pasos en dirección a la recuperación de su condición científica, perdida en el mundo académico como consecuencia de la guerra civil.

Encontró en la Argentina un espacio lleno de posibilidades, y mediante su esfuerzo y los apoyos necesarios de profesionales y científicos amigos, consiguió establecer en la Universidad de La Plata una licenciatura en psicología, inspirada en una visión personalista y experimental, que concedía un peso considerable a los aspectos aplicados de la profesión.

Su propia biografía, en fin, permite igualmente ver con plena claridad el proceso por el que unos grupos y movimientos fueron impulsando una evolución que llevó desde los primitivos modelos de aquella ciencia psicológica personalista hacia la implantación de concepciones psicoanalíticas que terminaron por imponerse con pleno dominio, y ello marcó el fin de los proyectos que nuestra psicóloga había tratado de llevar adelante hasta ese momento.

Probablemente el fracaso de sus proyectos inclinó a Fernanda Monasterio a intensificar y atender a otras dimensiones de su compleja personalidad, que también pudieran satisfacer sus aspiraciones vocacionales.

Al cabo, la cultura, la psicología, la medicina, han llegado así a ser, para esta singular mujer, modos varios de desarrollar lo que en realidad era su preocupación fundamental. En su entrevista ya citada, dice: “Más bien yo me considero una antropóloga... Soy una antropóloga a la que le interesa el hombre, pero vivo” (Monasterio, 1997). La psicología no fue sino una forma, entre otras, de llegar a entender y comprender al hombre vivo, objeto de su preocupación y su interés.

Con su vida y con su obra tendió un sólido puente entre la psicología hispana y la latinoamericana, que debe ser recordado con gratitud y aprecio. Y en los conflictos que terminaron por dar forma a su existencia, forzándola a rectificar su proyecto psicológico, cabe

igualmente ver representada con simplicidad extrema una evolución de la propia psicología argentina, que ha marcado su realidad hasta nuestro presente.

Referencias

- Carpintero, H. (2007). *Historia de la psicología en España*, Madrid, Pirámide.
- Dagfal, A. (1998). La creación de la carrera de psicología en la Universidad Nacional de La Plata: el pasaje del campo de la educación al predominio de la clínica. El lugar del psicoanálisis (1957-1966) *Informe final de la Beca de iniciación en la investigación científica y tecnológica*, La Plata, Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de La Plata.
- Dagfal, A. (2009). *Entre París y Buenos Aires. La invención del psicólogo (1942-1966)*. Buenos Aires, Paidós
- Dagfal, A. (2011). Entrevista a la Dra. Fernanda Monasterio Cabelo (1920-2006), *Revista de Historia de la Psicología*, 32(4): 37-64.
- Klappenbach, H. (2000). El título profesional de psicólogo en Argentina. Antecedentes históricos y situación actual. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 32(3), 419-446.
- Monasterio, F. (1958) Orientación sobre la materia según la aspirante. Mimeo., Archivos administrativos, Universidad de La Plata.
- Monasterio, F. (1965) La psicología argentina, *Revista de Psicología General y Aplicada*, 80: 907-922.
- Monasterio, F. (1971) Germain: el estilo en psicología, *Boletín de la Sociedad Española de Psiquiatría*, V(6): 184-185.
- Monasterio, F. (1973) Introducción a la ponencia. Examen de la neuropsicología actual, *Revista de Psicología General y Aplicada*, 28(123-124-125): 815-818.
- Monasterio, F. (1981) La Psicología se llama: Germain *Revista de Psicología General y Aplicada*, 36(6):1087-1092.
- Monasterio, F. (1984) Planteamiento del humanismo médico, en *II Encuentro cultural de la Sociedad Española de Médicos Escritores*, Colegio Oficial de Médicos, Murcia, 31-35.
- Monasterio, F. (1987 a) Las obras de José Germain, *Psicólogos. Papeles del Colegio*, 28-29: 65-67.
- Monasterio, F. (1987 b) Lafora y los ‘Archivos de Neurobiología’, en R. Huertas et al., dir. *Perspectivas psiquiátricas*, Madrid, CSIC, 231-242.
- Monasterio, F. (1987c) El pensamiento médico de Laín Entralgo, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 446-447: 241-253.
- Monasterio, F. (1988) Tiempo de Rosa. El espacio el tiempo de Rosa Chacel, *Anthropos*, 85: 37-38.
- Monasterio, F. (1993) La persona de Juan Rof, *Anthropos*, 141, 39-40.
- Quintana, J. Y Feldman, R. (2007) Apunte biográfico sobre F. Monasterio. Fundadora de la Sección de Psicología de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata (Argentina), *Boletín de la Sociedad Española de Historia de la Psicología*, 39: 5-15.

Received 11/03/2011

Accepted 05/17/2012

Helio Carpintero. Universidad a Distancia de Madrid. UDIMA